

CUADERNO DE TAICHUNG

José Luis Fernández Castillo

Profesor de Literatura en la Universidad Providence, Taichung

El viejo barre el templo. Los dragones
paralizados en la piedra velan
su propio tedio. Acaso nos desvelan
como a ellos el tráfico, los neones

y el bochorno nocturno, o esos sones
y cantos de los fieles que malgastan
su tiempo en rituales. Mas no bastan
ni las palabras ni el deseo. Dones

pudren ante el altar su pulpa en vano:
sandías, guabas, uvas y el incienso
que el paso de las horas desconcierta.

Mutismo de los dioses. El anciano
termina de barrer. Bajo el inmenso
altar hay una cucaracha muerta.

Taichung: ciudad sin párpados. Las noches
son un ojo desnudo ante una aguja.
Esta lluvia imprevista desdibuja
tu rostro en los cristales de los coches.

Enjambres de paraguas: un extraño
cruza las avenidas. Vuela un ave
sobre los edificios. Nadie sabe
si el tiempo es un remedio o sólo un daño.

Hay hombres solos en la madrugada
que en el betel maceran el desvelo.
Un taxi ensimismado en su derrota

te lleva allí donde no tienes nada
sino el solo proyecto de un anhelo.
La vida es una droga que se agota.

Observa el vertedero:
cómo ese arbusto bebe de la muerte
y en su ramaje entero
la luz un sol inerte
le inyecta lento para que despierte

su verde más agudo.
Hay plástico y cartones y ceniza,
y la vida que pudo
ser y no cicatriza
es este cielo gris: seda enfermiza.

El dinero se agrieta
en materias fungibles. La basura
transforma, muerte inquieta,
la luz en savia impura.
El arbusto entre mugre se apresura

a vivir. Mira cómo
regresa lo que trunco nos reclama:
con qué maduro aplomo
el tiempo, que aún nos ama,
nos hace esquejes de esa oscura rama.

新光三越

Una luz de promesa araña el cristalino
de un cielo carcelario. Entran las multitudes
en el gran *hall* de mármol. Megafonía en chino
anunciando descuentos en bolsos y ataúdes.

El rostro inexpresivo de una vendedora
gotea hastío y lucha contra el sueño. La miro
deshojarse tan rápido que apenas se demora
su talle en abismarse en lo hondo de un suspiro.

Los objetos ansían una vida futura
donde huir el enigma de su dolor abstracto,
y hay maniqués que buscan, sin ojos, una cura
para su carne fría y sus manos sin tacto.

Cuando el dinero mana, *vivo* o *muerto* es lo mismo
en la feria implacable del gran capitalismo.

Quiltro

Estos ladridos rotos son el mundo,
esta carne tensada, esta alegría
imposible y brutal que a todo fía:
la faz de un sucio perro vagabundo.

Lo veo amanecer cada mañana.
Ladra a las motos por sentir que aún vive.
Se parece a esa luz que en su declive,
abocada a lo oscuro, aún se afana.

Le hacen daño los días pero ignora
su veneno sutil. Tiembla en la noche
porque comienza a helar. Oigo sus quejas

desde mi apartamento –se demora
insomne fatigando las callejas.
Quizá mañana lo atropelle un coche.

地震

Quiebra los edificios una duda de amianto.
Yo contemplo en la noche sus solares futuros.
El vicio de la ruina te toma como un llanto,
Taichung, que corroyera tus cimientos más duros.

Taichung, brillan tus rejas, ¿para quién? ¿quién habita
en el cielo abismal de tu prisión abierta?
¿Qué sísmico destino que en la tierra palpita
te tornará mañana en una landa yerta?

Taichung, vejez del cielo, salitre, cal y tedio
ciegan al cabo el pozo fijo de tu pupila,
postrera carcajada de la Historia: este asedio
fatal del gran seísmo que tu cuerpo deshila

se sospecha en la súbita vibración, en la huida
de los últimos pájaros, en el vientre marchito
de todos los relojes, en la dulce caída
del cuerpo hacia su muerte, en el extraño rito

del silencio final. Taichung, ¿qué flor perdura
tímida entre el escombros de tu ruina futura?

Tormenta I

Arrastrando derrubios
de detritos e insectos,
la lluvia recupera
entre olores infectos
la vieja extenuación de los diluvios.

Paciente en la cornisa,
una paloma espera
a que escampe. Sin prisa,
un bochorno insidioso
enferma de verano y nihilismo
al extranjero insomne. Da lo mismo
que trate de dormir. Ya no hay reposo
en la urbe inundada:
intimidan los truenos
los oídos de la noche acongojada
como una niña. “Al menos
estamos a cubierto”
—se dice el extranjero—
en las entrañas de un país incierto.

Se esfuma la paloma del alero.
Las miríadas de motos
que la lluvia desbanda
atristan la avenida
con su acordes rotos.
La soledad es un puñal que agranda
la forma más secreta de una herida.

Tormenta II

Cada rayo rubrica
un ideograma ciego
que la noche no explica.

La tormenta es un juego
de materia y azar. El universo,
un capricho violento que no cesa,
tan sólo se transforma. Ni un perverso
demiurgo, por no haber.

Una paz taiwanesa:
no cuestionar el ser.

Renunciaré al amparo
de la muerte más fácil: la fractura
de luz tras el disparo.
El grito que perdura
más allá de la noche y de su estrago
nunca dirá mi nombre. Me deshago

en el calor nocturno:
Taichung entre las garras del verano
boquea taciturno.
Por la avenida, en vano
se fatiga un exhausto barrendero.
Noche aún: nada temo, nada espero.

Una mísera estrella
grita su luz desde su propia ausencia
y en mi pupila huella
su reflejo y silencio
el verso más oscuro: muda entrega
a lo real que, altivo, me congrega.

La materia no canta
pero vibra una música en su centro
que hasta el tiempo quebranta.
En su ritmo me adentro:
me ensordece la vida que no vivo,
las fugas de este caos sucesivo,

la razón que no llega
a comprender su propio acabamiento,
la célula que, ciega,
busca en su nacimiento
la raíz de su muerte, este infinito,
cósmico, hastiado, inexplicable grito

que una estrella ya muerta
rubrica con su luz sobre el vacío.
La avenida, desierta.
Palpita, a flor de estío,
la ciudad, y es el fuego en que me quemo.
Noche aún: nada espero, nada temo.

Asia, tus multitudes y el estruendo
feroz que se desborda por tus urbes
¿qué dios o rostro forma? No perturbes
el sopor del planeta que muriendo

siembra desastres tal como un infante
aplasta hormigas por placer y observa
sus cuerpos deformados en la hierba,
su estrago absurdo e insignificante.

Siglo XXI, humanidad en masa,
hervidero de torres que despunta
en un cielo mefítico de estaño.

Sobre la multitud un viento arrasa
otra generación. Fría y consunta,
vuelve a brotar la vida año tras año.

Mosquito

Sorbe mi sangre sin temor, descuida:
el asco que me inspiran tus antenas,
la fiebre que inoculas en mis venas,
esa fecunda, programada vida

que te arrastra a la carne y a su herida,
me subyugan. Te observo. Tus decenas
de larvas imagino, todas plenas
de mi sangre en su fuerza convertida.

Esa ciega y voraz naturaleza
donde mi rostro ahoga su reflejo
nos nace a ambos de su seno oscuro,

insecto y verbo. Esa brutal belleza
que crea al destruir. Un golpe. Dejo
la mancha de mi sangre sobre el muro.

Taichung, ruta 305

La niebla es un esbozo de la nada.
Desde el cristal del autobús se esfuma
la sordidez de los desmontes, bruma
que devorando lentamente cada

rincón de templos, tiendas y avenidas,
devuelve todo a su principio: abismo
donde el mundo, cansado de sí mismo,
se emborriona de tintas desleídas.

Las cosas tienen sed de más certeza.
Se para el autobús. Sólo percibo
de la bruma su nítida dureza.

El pulso de mi mano en la ventana
es el instante más real. Me escribo
contra la niebla de no estar mañana.